

ORAR EN VACACIONES

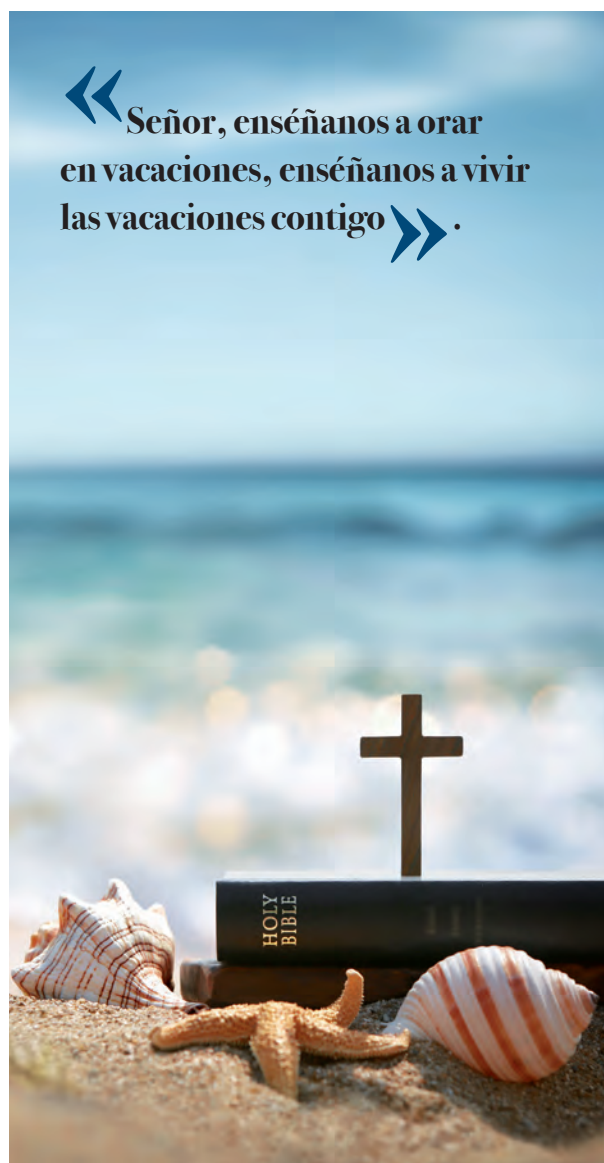
Probablemente formemos parte del grupo de personas privilegiadas que en algún momento del año puede disfrutar de vacaciones. Sin duda, un motivo más para agradecer y un tiempo que nos ayuda a descansar y a renovar las fuerzas. Si el riesgo de este tiempo es que no encontremos hueco para Dios, su invitación consiste en volvernos constantemente hacia Él, orar sin desfallecer y descubrir en su amor el verdadero manantial de nuestro descanso.

ES probable que en la homilía de alguna misa de verano hayamos escuchado un sabio consejo: «no debemos dar vacaciones a Dios». De este modo se expresa la sospecha de que, en tiempo de descanso, cuando tenemos menos preocupaciones, podemos olvidarnos –al menos un poquito– de que Dios está ahí. A todos nos pasa de vez en cuando que levantamos el corazón hacia Él en medio de situaciones complicadas o dolorosas para pedirle luz y ayuda, mientras que en momentos de bonanza nos distraemos, quizá porque no sentimos tanto que le necesitamos.

Y, sin embargo, Dios está siempre. Aunque quiéramos, no podríamos darle vacaciones porque su amor es una corriente incesante que nos alcanza y nos abraza, haciéndonos ser. El punto de vigilancia, entonces, tendríamos que ponerlo más bien en nosotros mismos, invitándonos a «no darnos vacaciones de Dios». Porque Él está siempre, pero nuestra atención es frágil y nuestra memoria efímera. Cuando nos acecha la tentación de abandonar la oración durante el tiempo estival para retomarla a principio de curso, tendríamos que preguntarnos si vamos avanzando en clave de encuentro verdadero con Dios o más bien seguimos en la perspectiva de cumplir fielmente ciertas tareas, una de las cuales sería precisamente ir a misa o rezar.

Jesús, buen conocedor de la naturaleza humana, parecía tener conciencia de este riesgo y alertaba a sus discípulos sobre la necesidad de orar siempre. Lucas cuenta que «les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar sin desfallecer» (Lc 18, 1). Se ve que, como nosotros, aquellos primeros seguidores de Jesús eran duros de mollera y el Maestro tenía que repetirles una y otra vez las mismas cosas para que les dejaran huella y les fueran transformando la vida. Y esto lo hacía

«**Señor, enséñanos a orar en vacaciones, enséñanos a vivir las vacaciones contigo**».



de varios modos: contándoles historias –como la parábola de la viuda insistente–, transmitiéndoles las claves de la oración –el padrenuestro– y regalándoles cotidianamente su propio testimonio orante.

El icono de estos seguidores de Jesús nos resulta hoy bien significativo. Aunque son olvidadizos, experimentan un anhelo teñido de cierta curiosidad; el hecho de ver orando al Maestro despierta en ellos una petición sencilla y cargada de deseo: «Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos» (Lc 11, 1). Esta súplica podría ser muy bien la nuestra en este tiempo particular de descanso, a lo largo de estos meses en los cuales cambia el ritmo de tal manera que a veces no buscamos ni tiempo ni espacio para la oración. Haciendo nuestro el deseo de los discípulos, bien podríamos decir: «Señor, enséñanos a orar en vacaciones, enséñanos a vivir las vacaciones contigo».

La etimología de la palabra «vacaciones» nos puede ayudar a situarnos en esta óptica, en la medida que nos conecta con el fondo de la experiencia de oración. Este término, «vacaciones», procede del verbo latino «vacare», que significa «estar libre de ocupaciones». Orar es esa aventura que consiste en dejar que el Espíritu nos vaya liberando de todo aquello que nos ocupa y preocupa, que nos hace centrar el foco en nosotros mismos, para permitir que todo nuestro ser se abra a la presencia de Dios. Solo así, con el centro situado fuera de nuestro ombligo, podemos crecer en el anhelo de buscarle en todas las cosas, y a todas en Él. Así, el tiempo de descanso, en el que nos dedicamos más o menos a «vacar» porque nos hallamos menos retenidos por el trabajo y las inquietudes ordinarias, parece entonces bien propicio para disponernos al encuentro con Dios en gratuidad.

Las vacaciones constituyen un lugar interior que nos invita a sentarnos a los pies de Jesús, como María. Aquella casa de Betania representaba para el Señor un espacio de solaz y descanso donde reparar las fuerzas y encontrarse con los amigos. Allí había una mujer que sabía ralentizar su ritmo, quizá frenético a veces, y dedicarse a escuchar a Jesús sin más objetivo que ese: beber sus palabras, compartir y disfrutar la belleza de su vida. La actitud de María puede ayudarnos durante estas semanas a cambiar el chip de lo «útil» por ese otro de lo «in-útil», de lo que no persigue objetivos –ni siquiera espirituales– sino que se alegra sencillamente estando en compañía de Jesús.

Con todo, esta transformación no es fácil. Ese camino es el que transita Marta, la otra amiga del Nazareno, que no logra darse un respiro y sigue acaparada por las múltiples tareas del servicio mientras su invitado no espera tal vez más que un poco de su compañía. A Marta le cuesta desacelerar porque está formateada

para hacer que las cosas funcionen y todavía no ha sentido el gozo de la gratuidad. Gracias a ella la casa está ordenada y la comida llega a tiempo, y todo eso es muy necesario; su problema es que no consigue concederse un espacio de vacaciones con el único fin de estar con Jesús. Y, sin embargo, su corazón se deshace en ese deseo que formula con torpeza: más que querer que su hermana la ayude con el servicio, lo que está añorando con toda su alma es sentarse ella misma al lado del Amigo.

El testimonio de las dos hermanas de Betania puede orientar nuestro deseo de orar también en vacaciones, escuchando la llamada a estar con Jesús, poniendo nombre a las dificultades que encontramos para ello y ayudándonos unos a otros a reservar el tiempo y el espacio que nos facilitan ese encuentro revitalizador. Esta oración estival no será, entonces, una vía fácil de escape de los problemas de la vida, sino todo lo contrario: un contacto más profundo con el manantial que alimenta la esperanza y el sentido, para agradecer, dejarnos nutrir y regresar más tarde a lo cotidiano con una mirada renovada. A ello nos invita el Apóstol: «estad siempre alegres. Orad constantemente. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros» (1 Ts 5, 16-18).



Avivar la llama

Pistas para dialogar en familia

- ¿Qué tiempo y que lugar voy a dedicar a la relación con Dios este verano?
- ¿Cómo podemos ayudarnos unos a otros a cuidar la oración durante las vacaciones?
- Lee Lc 10, 38-42:
 - ¿Con qué actitudes y deseos de los personajes me identifico?
 - ¿Qué me gustaría decirle a Marta? ¿Y a María?
 - ¿Cuál es el mensaje de estas dos hermanas para mi propia vida?

MARGARITA SALDAÑA MOSTAJO
Teóloga